

EL PORVENIR DEL OBRERO

PERIODICO
QUINCENAL

NUMERO SUELTO
10 Centimos

Redacción y Administración: CALLE DE ALCALA ZAMORA, NUM. 1

COMO SE LUCHA

En el afanoso tráfigo de la vida moderna, la lucha social ha llegado a lo trágico y a lo épico. Concitados los ánimos por la clarividencia de antagonismos irreductibles, se vive en continuo choque, en permanente conflicto, sin que se vislumbre el término de la fatal contienda. Allí vamos todos, privilegiados y desposeídos, hacia lo desconocido, anhelando represalias o justicias, queriendo unos domeñar, subsistir otros; oprimir aquéllos, libertar éstos. Amparados de distintas banderas, laborando con diversas plataformas, la multitud adinerada y la multitud empobrecida combaten sin tregua marcando en el campo de batalla un surco profundo que pone de un lado todo lo decrepito, todo lo anacrónico, y de otro lo nuevo y sano y pujante.

El proletariado, despierto a la conciencia de su derecho y de su fuerza, tiene en la lucha los ímpetus de la juventud, el ardor del apostolado, la serenidad del saber. Su actividad se multiplica hasta el prodigio. Sus recursos, sus resortes, sus fuerzas superan toda previsión y todo cálculo. Diríase que obra el milagro de sacar de la nada, todo.

Y por si ello no fuera bastante, todavía un vivo espíritu de constante renovación le anima y le enaltece.

Lucha en lo económico, sin rendirse a las derrotas ni confiarse a los éxitos, por el mejoramiento o transformación continua de las condiciones del trabajo. Lucha en lo social por el cambio profundo y radical de las costumbres. Lucha en lo político por la liberación completa de los individuos y de los grupos. Y en lo religioso y en lo moral camina a la absoluta emancipación de la conciencia. Nada hay del mundo viejo a que su acción no llegue.

Su influencia en la vida común abarca desde las relaciones de la coexistencia social hasta las conquistas del arte y de la inteligencia. El brazo y el cerebro, es pasión y

es reflexión. La idea y el hecho son sus dos palancas y con ellas removerá el mundo.

El espanto del mundo viejo de ahí arranca. Ve que estas fuerzas diseminadas que se le antojan caóticas, que esas multitudes dispersas, solicitadas por mil distintas ideas y tendencias, le atajan por todas partes con la huelga unas, con la rebeldía otras, con la instrucción éstas, con la propaganda aquellas, y el pánico de tal asedio le hace apelar a todas las violencias para detener el torrente.

En vano es que lo procure. El torrente avanza. No hay compuertas que lo apresen ¡Y ay de todos si la locura de dominarlo se interpone en su curso!

La fuerza real del proletariado es la diversidad de su acción. Inútil discutir la eficacia de la huelga o de la propaganda, de la instrucción o de la rebeldía. La eficacia está en el conjunto y para lo futuro, no para lo presente.

De momento, todo ello es de escasa consistencia. No resolverá el problema la huelga social ni aún siquiera mejorará real y positivamente las condiciones del trabajo; no ganará la propaganda de tal modo los corazones y los cerebros que imponga a todos el imperio de la razón y de la justicia; no llevará la instrucción tal luz a los entendimientos que la certidumbre se haga visible al punto de suprimir las barreras que separan a los hombres; no hará la rebeldía el milagro de cambiar de la noche a la mañana todas las cosas que son en todas las cosas que deben ser; pero estos y otros instrumentos de lucha, conjuntamente, educan, preparan, impulsan; y allá en el porvenir, próximo o remoto, darán el resultado que por tan diversos caminos se busca: la emancipación integral de los humanos.

Hacia ella vamos. Cada uno dentro de sus previsiones, de sus juicios

y de sus medios. Cada uno con su fuerza y con su saber. Cualesquiera que sean nuestras divergencias, también hay para todos un denominador común: la conquista del pan, la conquista de la libertad, la conquista del saber y del sentir y del gozar.

Y es así como se lucha, proletarios. La inteligencia es fuerza, la fuerza es inteligencia. Esgrimiendo vuestras armas económicas, habéis aprendido que hay algo más allá del jornal y del horario. Ejercitándoos en la cultura del entendimiento, habéis aprendido que el ideal es una fuerza poderosa, que hay también algo más allá del trabajo igualitario y libre, que no basta poder trabajar cómodamente y comer lo preciso, porque las necesidades del hombre no son únicamente de naturaleza fisiológica, sino también de orden moral e intelectual.

Hacéis, pues, bien los que contendéis por la remoción continua de la vida práctica y también hacéis bien los que lucháis por el continuo cambio de la vida moral e intelectual. Así es como se lucha, no dejando una vereda ni un mato al adversario, cercándolo por todas partes. Si sois guerrillas ya seréis ejército. Vuestro será el triunfo.

FLORECILLAS

«Los tráfugas.»

El fabricante de calzado de Mahón don Juan Mascaró, para imitar a algunos colegas en las polacadas en serie que vienen cometiendo en contra de nuestros compañeros del ramo de la piel, acaba de hacer una, que por su trascendencia la comentamos exponiéndola a la vindicta pública.

Dicho enmascarado, la semana pasada comunicó a sus obreros que si querían trabajar tenía que ser a base de las tarifas anuladas; o sea con una rebaja de dos pesetas.

Recordamos haber visto por aquí a este Judas en plan de mitinero tragapatronos, es decir, formando

parte de la troupe de tráfugas exanarquistas quienes se han convertido en los más reacios enemigos de la clase trabajadora dejando eclipsados a los explotadores que combatían ellos años há. Aquí viene bien aquello de que el peor piojo es el resucitado.

«Malabarismo en Correos.»

Algunos compañeros de la península nos escriben diciéndonos que muchos números de nuestro PORVENIR DEL OBRERO dejan de recibirlo. Como nosotros se lo mandamos religiosamente, se desprende que en alguna administración se evaporan algunos ejemplares perjudicándonos constantemente con el proceder solapado de ciertos empleados.

Como nosotros ignoramos en que localidad se esfuman los ejemplares, es la razón de no acusar directamente a nadie. En caso de averiguar en que administración se dedican a estos malabarismos entonces hablaremos nuestro lenguaje, es decir, clarito... clarito tratándose de traidores que se valen de su posición para interceptar la propaganda de las ideas libertarias en pró de la humana especie.

«¡Que se vaya! Que no nos moleste.»

El director de «La Voz de Menorca», P. Taltavull, en un artículo titulado «Punto y basta» después de reseñar la excelencia de nuestra República, que para él es su sueño dorado, ya que vivimos en el paraíso y no viendo el porqué de seguir luchando en contra de los extremistas de la derecha e izquierda ha resuelto retirarse de toda actividad política transformándose en una verdadera monja en plena juventud cuando sus artículos eran un continuo insulto a nuestro «quincenal» y que tanto regocijo producían a la patronal isleña.

Es la actitud que recomendamos a su compinche que le servía de

amanuense para redactar sus atribuladas crónicas de bajo fondo que revelaban sus escasas condiciones de gacetillero del porta-voz de los mandarines de la joven Mariana.

Que esta idea cunda en los confidentes de aquí, y no se verán algún día en el trance de verse fotografiados en este «papelucho indeseable.»

Julían.

Química, mucha química

El obrero se encuentra siempre desarmado ante las arbitrariedades del poder.

Los gobernantes — más asesinos cuantos más radicales se llaman, ejemplo España y los Estados Unidos — son y serán siempre los lacayos de los capitalistas, de la banca, y sus actos, su actuación tienden siempre a impedir las protestas de los esclavos, a reprimir sus alaridos, a someterlos por el plomo y la metralla.

Convencido de ello, convencido de que se aniquilará la tiranía solo con la química, convencido de que la química nos proporcionará las armas, los medios de destruir los maulers, las ametralladoras y los cañones, y a los asesinos que tan gustosamente las manejan siempre le he aconsejado al pueblo: *estudia química, en la química están las armas que necesitas.*

¡Cuántos revolucionarios de boquilla he conocido en mis largos años de lucha y de propaganda! ¡Cuán pocos hombres de verdad!

Hermanos andaluces: yo que os conozco a fondo, yo que os traté cuando realizaba mi campaña antimilitarista por España, yo que sé lo machos que sois he llorado lágrimas de sangre al verme impotente para acudir a vuestra ayuda.

¿Hubieran las mesnadas asesinas, realizado sus masacres, hubiera el héroe de la Macarena realizado su heroica azaña de demoler una casa, porque era de unos hijos del pueblo si hubiérais contado con armas y elementos químicos potentes y eficaces? No.

Luego hay necesidad de estudiar química, mucha química. Hay del pueblo si desprecia este consejo mío como ha hecho tantas veces.

Yo sabía algo de química, yo publiqué en nuestra prensa algo de ello, publiqué lecciones de química, artículos explicaciones, pero los que se llaman revolucionarios, prefieren ser oradores, literatos, periodistas, que no químicos. Esto viste más y expone menos.

¡Oh manes de la revolución!

Como no he salido nunca de la categoría de asalariado, las persecuciones, las cárceles y el pacto del hambre me han impedido proseguir estos trabajos, pero ya que no puedo realizarlos por mí mismo, he procurado siempre que mis camaradas estudien química.

A raíz de la gran guerra, cuando los asquerosos alemanes, olvidando el respeto a la humanidad y el derecho de gentes, emplearon los gases asfixiantes y los lanzallamas, me parecieron muy útiles esas armas para emplearlas en destruir a la fiera capitalista, y recomendé a los obreros en varios artículos que aprendieran a fabricar gases asfixiantes y lanzallamas, pero los revolucionarios le tomaron asco a la química y no quisieron seguir mis consejos.

La burguesía, menos escrupulosa que los seudorevolucionarios, ya emplea contra nosotros los gases lacrimosos, y cuando apretemos, empleará los gases asfixiantes.

Nos estará bien empleado, por castrados, por cobardes, puesto que dejamos en sus manos las armas que nosotros debíamos esgrimir contra ella.

Es una paparrucha el creer que las trompetas de los israelitas derribaron las murallas de Jericó. Es otra paparrucha creer que a la burguesía la derrocaremos con furibundos discursos y con retemblantes artículos.

No negaré que la cultura sea un buen auxiliar de la Revolución social, pero si hemos de esperar para realizarla que la masa se cultive, para qué esos artículos y esas bravatas en nuestros periódicos, si toda España dejó abandonada a Barcelona, cuando la semana de Julio, y ahora Barcelona ha dejado abandonada a la valiente Andalucía cuando ésta esperaba el apoyo de sus hermanos los catalanes?

Otro cero.

Agosto 1931.

Obreros, leed

EL PORVENIR DEL OBRERO

SEAMOS EXTREMISTAS

Algo hemos progresado con el cambio de régimen.

En tiempos de dictadura se nos designaba como a «elementos extraños», como a «indeseables» cuando los indeseables eran los dictadores.

Ahora a nuevo régimen, fraseología distinta. Ahora nos designan con más suavidad, aunque con la misma dañina intención y con el mismo odio. Ahora nos llaman «extremistas».

Somos los eternos descontentos, los protestatarios de siempre, porque queremos libertad, libertad y libertad.

Y para conseguirla vamos contra la casta explotadora, contra el capitalismo, porque ha creado clases, injustos privilegios y la infame ley del salario. Contra esa clase vamos, porque en cuanto la anulemos desaparecerán los privilegios.

Vamos contra el Estado, porque en vez de laborar leyes justas y equitativas, fabrica leyes en defensa de los privilegiados y en persecución de los humildes. El Estado nos ametralla, cuando pretendemos conquistar algo de bienestar o impedir que se nos robe tan descaradamente.

Vamos contra las leyes escritas porque encarnan la injusticia y la defensa de los privilegios de nuestros explotadores. Sólo reconocemos las leyes naturales por su imparcialidad, su neutralidad y su eficacia.

Vamos contra el sacerdote por ser un miserable embaucador que embrutece a las multitudes para que sumisas y resignadas sufran y aguanten la explotación capitalista. El cura, la iglesia, es el primer puntal que sostiene el tinglado donde se asienta el Estado.

El segundo puntal de este tinglado es la Magistratura. Vamos contra ella porque no hace justicia integral, sino justicia burguesa, es decir, justicia de clase. Esto es una descarada injusticia.

El tercer puntal de este trípode que sostiene el poder de los servidores del capitalismo es el ejército. Es el más denigrante de los tres. Contrá el vamos porque su misión es crear enemigos entre los hombres para hacerse el indispensable, el preciso, y además es el brazo ejecutor de los golpes que la burguesía y

su lacayo el Estado descargan sobre nosotros.

Por eso pueblo, te decimos: ¡seamos extremistas!

Acracio PROGRESO.

PAGINAS DE SANGRE

(Extractadas de «Estatismo y Anarquía» de Miguel Bakumin).

Las jornadas de junio, la victoria del dictador militar y general republicano Cavaignac sobre el proletariado de París, habrían debido abrir los ojos a los demócratas de Alemania. La catástrofe de junio no sólo fué una desgracia para los trabajadores de París, sino que fué la primera y quizás la más definitiva derrota de la revolución en Europa. Los reaccionarios de todos los países han comprendido mejor y más pronto la importancia trágica y para ellos tan provechosa de las jornadas de junio que los revolucionarios, y sobre todo los de Alemania.

Se había debido ver el entusiasmo que las primeras noticias de esas jornadas suscitaron en todos los círculos reaccionarios; fueron recibidas como un nuncio de salvación. Movidos por un instinto absolutamente correcto, vieron en la victoria de Cavaignac no sólo el triunfo de la reacción francesa, sino el triunfo de la reacción universal o internacional sobre la revolución internacional. Las gentes de guerra, los estados mayores de todos los países la aclamaron como la redención internacional del honor militar. Se sabe que los oficiales prusianos, austriacos, sajones, hannoverianos, bávaros y las demás tropas alemanas enviaron inmediatamente al general Cavaignac, jefe provisorio de la república francesa, una circular de congratulaciones, naturalmente con el permiso de sus jefes y la aprobación de sus soberanos.

La victoria de Cavaignac tuvo en efecto una repercusión histórica enorme. Con ella comenzó la nueva época de la lucha internacional de la reacción con la revolución. La insurrección del pueblo de París que duró cuatro días, del 23 al 26 de junio, sobrepasó por su energía y su encarnizamiento salvaje a todas las sublevaciones del pueblo que París haya vivido jamás. Es con esa insu-

rección con la que comenzó verdaderamente la revolución social de que ha sido el primer acto y cuyo segundo acto fué la resistencia aún más encarnizada de la Comuna de París.

Por primera vez durante la insurrección de junio se encontraron frente a frente la fuerza del pueblo, luchando no tanto para los demás como para sí misma, dirigida por nadie, pero sublevada por su propio esfuerzo para la defensa de sus intereses más sagrados, y la fuerza militar brutal, ignorante de todas las consideraciones de respeto a los principios de la civilización y a la humanidad de la civilidad social y del derecho civil y que en la embriaguez de la lucha salvaje, incendiaba, degollaba y destruía despiadadamente.

En todas las revoluciones precedentes las tropas, en su lucha contra el pueblo, chocan, no sólo con las masas del pueblo, sino con los ciudadanos respetables que se encontraban a su cabeza, con la juventud universitaria y politécnica y, en fin, con la guardia nacional que, compuesta en gran parte de burgueses, se desmoralizaba pronto y antes de ser efectivamente deshecha, se replegaba, se retiraba a fraternizar con el pueblo. En lo más ardoroso de la lucha existía una especie de contrato observado siempre por las partes en lucha, no permitiendo a las pasiones desencadenadas sobrepasar un cierto límite, como si ambas partes luchasen, de común acuerdo, con armas obtusas. No se le ocurrió jamás a nadie, ni al pueblo ni a las tropas, que se podía impunemente destruir casas, calles, degollar docenas de miles de habitantes inertes. Una frase era común entonces, repetida incesantemente por el partido conservador cuando insistía en una medida reaccionaria cualquiera y quería adormecer la desconfianza del partido opuesto: «El poder que para vencer al pueblo quisiera bombardear a París, se imposibilitaría automáticamente.»

Una limitación semejante en el empleo de la fuerza armada era de gran importancia para la revolución y explica porqué el pueblo salía siempre victorioso en el pasado. El general Cavaignac quiso poner fin a esas victorias fáciles del pueblo contra las tropas.

Cuando se le preguntó por qué procedió a su ataque en masa, que

le obligó inevitablemente a degollar un gran número de insurrectos, respondió: no he querido que la bandera militar fuera deshonrada por segunda vez por una victoria del pueblo.» Movido por ese pensamiento puramente militar y por consiguiente absolutamente antipopular, fué el primero en tener la audacia de emplear los cañones para destruir casas y calles enteras ocupadas por los insurrectos. Y en fin, a pesar de las proclamas conmovedoras a los hijos pródigos a quienes abría los brazos fraternales, permitió, durante los tres días que siguieron al de la victoria, a las tropas y a la guardia nacional exasperada, degollar y fusilar, sin la menor forma de proceso, diez mil insurrectos aproximadamente entre los cuales sucumbieron naturalmente, muchos infelices.

Todo eso fué realizado con un doble fin: lavar en la sangre de los insurrectos el honor militar y, al mismo tiempo, quitar al proletariado el gusto de los movimientos revolucionarios, inspirándole el respeto debido a la superioridad de la fuerza militar y el terror ante su carácter implacable.

Cavaignac no consiguió llegar a este último objetivo. Hemos visto que la lección de junio no impidió al proletariado de la Comuna de París sublevarse a su vez y esperamos que esa nueva lección, incomparablemente más cruel, dada a la Comuna, no detendrá ni restringirá la revolución social, al contrario, decuplicará la energía y la pasión de sus partidarios y aproximará de ese modo su triunfo definitivo.

Pero si Cavaignac no pudo matar la revolución social, sin embargo alcanzó otro objetivo: el de matar definitivamente el liberalismo y el revolucionismo burgués, el de matar la república y haber instaurado sobre sus ruinas la dictadura militar.

Habiendo libertado la fuerza militar de las cadenas de que había sido rodeado por la civilización burguesa, habiéndole dado la plenitud de su salvajismo natural y el derecho a dar libre curso sin detenerse en nada, a ese salvajismo inhumano y despiadado ha hecho imposible desde entonces la menor resistencia burguesa. Desde que crueldad y destrucción global se han convertido en palabras de orden de la acción militar, la vieja revolución burguesa, clásica e inocente por medio de barricadas en las calles se ha vuelto

un juego infantil. Para luchar con éxito contra la fuerza militar que no respeta ya nada y que por lo demás está armada de los instrumentos de destrucción más terribles, y está dispuesta a hacer uso de ellos no sólo para la destrucción de casas y calles, sino también de ciudades enteras con todos sus habitantes ¡para luchar con semejante bestia salvaje, es preciso estar en posesión de una bestia no menos feroz pero, más imbuida de justicia! la insurrección organizada del pueblo, la revolución social que lo mismo que la reacción militar será igualmente despiadada y no se detendrá ante ningún obstáculo.

Cavaignac que ha prestado un servicio tan precioso a la reacción francesa y en general internacional, era sin embargo un republicano de los más sinceros. ¿No es chocante que sea a un republicano a quién tocó el papel de poner la primera piedra de la Dictadura militar en Europa y ser predecesor directo de Napoleón III y del emperador de Alemania, y que sea a otro republicano su célebre precursor Robespierre, al que le tocó la misión de preparar el despotismo estatista encarnado en Napoleón I? ¿Es que todo eso no muestra que al devorar y suprimir la disciplina militar todo a su paso — el ideal del imperio pangermánico es la última palabra inevitable de la centralización estatista burguesa, de la civilización burguesa?

Guerra a la Guerra

Al trabajo más fecundo que deben consagrarse los hombres de sentimientos nobles y elevados es, sin duda, al de desacreditar la guerra.

¡La guerra! ¡Espantosa y trágica palabra! ¿Qué es la guerra? ¿Acaso es algún bien para la humanidad? ¿Quizá los cañones, los fusiles, los bombardeos, la destrucción y el saqueo, ayudaron a la humanidad en sus avances?

Esto no promete, no puede prometer nada para el porvenir, como no sea miseria y vergüenza.

Es espantoso e inhumano ver esos grandes ejércitos de autómatas que por donde pasan siembran la destrucción, el saqueo, el incendio, la muerte... dejando huellas de sangre y dolor, arrasando como ola de fuego todo lo que encuentran a su paso, igual que las aguas de un río cuando se desbordan. No cabe en la mente de ningún ser humano que a la voz de un solo hombre, al que llamamos jefe, lo mismo se dejan clavar por una bayoneta que van a la misma boca de los cañones.

Van ciegos, frenéticos, sedientos de sangre, directos a la muerte, porque no conocen, no sienten, no aman la vida.

¿Es que el hombre ha perdido la conciencia, o es que no se acuerda de que es el animal al cual la Naturaleza dotó de un cerebro para pensar? Porque todos los inventos mortíferos, como la ametralladora, los gases, etc., se han hecho para la destrucción.

¡Todo esto ha salido del cerebro humano, si es que humano se le puede llamar! Y esto es civilización, y esto es progreso, esto es el siglo de la luz, esto es el siglo xx!

No es progreso, no es civilización, no es nada digno ni estimable que los hombres se maten a millones. Es barbarie, es salvajismo, es criminal derramar torrentes de sangre.

Destruir los campos, aquellos campos que nos dan el pan, las fábricas y talleres en que la actividad y el esfuerzo humano crean y elaboran a copia de su propio esfuerzo. Si todos esos millares de hombres que no producen nada se convirtieran en productores, ¿acaso no sería más bello, más justo y más bueno? Y lo peor de todo, lo más vergozoso, es que después de habernos percatado de lo horrible y desastrosa que ha sido la pasada conflagración dejando a todo el mundo en un estado de miseria y dolor, se está preparando, ¡horror!, un nuevo cataclismo, que en caso de producirse, será mucho más peor que el pasado.

Hay que impedir a todo trance que esta guerra se lleve a cabo. ¿Cómo? Uniéndonos, respondiendo al llamamiento que nos hace el profesor Einstein, siendo así que el Grupo Cultural «Estudios» se adhiere a la campaña antimilitarista y al mismo tiempo, repite el llamamiento a todos los hombres intelectuales, científicos, escritores, publicistas, propagandistas, a todos los Grupos Culturales de España y a los trabajadores en general a que se afilien a esta campaña pro civilización negándonos en absoluto al alistamiento y rechazar el servicio de armas, con el cual se nos obliga a marchar contra nuestros hermanos de otros países, como mensajeros de la muerte.

Las adhesiones al llamamiento general dirigidas, a Bureau Central de la Internationale de Résistants a la Guerra, Il Abbey Road, Enfield (Middlesex) Inglaterra, y al Grupo Cultural «Estudios», Carders, 12, pral. Barcelona.

Teniendo el valor de decirlo, servimos a la razón, a la ciencia y a la justicia, más que los ejércitos del mundo entero con sus fusiles y sus cañones.

¡Por humanidad, por la paz del mundo, responded al llamamiento! Por el Grupo Cultural «Estudios»

DESDE MAHON

Hablemos claro

No debe sorprendernos la actitud adoptada por ciertos patronos del ramo del calzado a raíz de la demanda de los obreros, por más que estos señores se digan republicanos a todo trance. Lo que tal vez ignoren muchos obreros es que no son solamente los patronos los que han declarado guerra a los trabajadores, sino que también existen otros elementos que hacen el caldo gordo a esta patronal de gorro frágil y en estrecha confabulación se presentan a hacer cualquier mezquindad con el solo propósito de dejar mal parados a los que se ven constantemente amenazados por la miseria y el hambre.

Estas gentes solo se acuerdan de los obreros cuando necesitan que comparezcan a las urnas y así encumbrarse y hacer su agosto; durante el periodo electoral todo son promesas, todo es alarde de liberalidad y democracia, pero cuando llega la hora de satisfacer unas mínimas aspiraciones proletarias entonces la liberalidad y democracia se viene abajo.

Es muy cómodo hablar de política, de economía y de enseñanza cuando ello no pasa de las palabras.

Estamos hartos de que nos digan que el obrero está falto de cultura, que necesita instruirse. Nosotros preguntamos ¿Cómo puede instruirse y educarse el obrero si apenas puede alimentarse viéndose constantemente azotado por la permanente crisis de trabajo y cuando disfruta de él no quieren retribuirle?

En cuanto el obrero pide más pan, se olvida todo. La política queda a segundo término. La gente del privilegio y todos los que aspiran a enriquecerse a costa del sudor ajeno, su único afán consiste en tener al trabajador en yugo; en eso estriba todo su republicanismo.

Es preciso compañeros, zapateros mahoneses, que cada cual cumpla con su deber dando el justo merecido a toda esa gente sin escrúpulos, sin olvidar tampoco los repugnantes esquiroleos que están traicionando a sus hermanos de infortunio.

Juan SINTES.

La religión es un opio para el pueblo.

Karl MARX.

Buenos consejos

Campesino, apodérate de la tierra. La propiedad es un robo.

¿No? Veamos. Tus antepasados trabajaron toda su vida. Tus padres han trabajado toda su vida. Tú has trabajado toda tu vida. ¿Dónde está la propiedad de tus antepasados? ¿Y la de tus padres? ¿Y la tuya?

Luego si ni tus antepasados, ni tus padres, ni tú, trabajando siempre no habéis podido crear propiedad, es una prueba evidente de que el trabajo no crea propiedad. Extiende este razonamiento a todos los explotados y quedará más demostrada esta gran verdad.

La propiedad es un robo. Su origen es el pillaje, la conquista la usurpación. Estudia en la Historia y te convencerás.

Luego si la propiedad es un robo ¿por qué la respetas?

La tierra no puede, no debe tener propietario.

La tierra es de quién la trabaja. El que trabaja la tierra, el que la labora, el que la promueve con su esfuerzo y la riega con su sudor es el único que tiene derecho a los productos de su esfuerzo y de su trabajo.

La ignorancia y la cobardía hacen que se respeten la propiedad de la tierra. No es la ley, no es la fuerza pública, no es la magistratura, no es el código, el que defiende la propiedad de la tierra, no. Son tu sumisión, tu rutina, tu respeto a lo estatuido.

El día que te capacites, que te cises con la ley, la magistratura y no temas a la fuerza pública ¿qué poder mantendrá el usurpante de derecho de propiedad?

No solucionan nada los lamentos, las quejas que humildemente elevan los obreros a los poderes públicos, puesto que estos humillantes quejidos nadie los escucha nadie se preocupa de remediarlos.

Sólo ante la actitud viril y decidida, que derrumba Estados, instituciones y gobiernos, tiembla la burguesía, la fiera capitalista, que funda su poderío en las fuerzas coercitivas de los gobiernos y en las legiones de degenerados que se alistán a sueldo a su servicio.

Medita, campesino, amigo campesino, estas consideraciones y piensa que si te decides a acabar con el fisco, contribuciones y gabelas es necesario que acabes con el Estado, las leyes, y sus instituciones, y todo eso lo conseguirás cuando tengas arraigadas la convicción de que

la tierra es tuya, y de que tienes derecho a ella, por tu trabajo, y tengas el valor y el arraigo para apoderarte de ella.

El día que te decidas a apoderarte de la tierra será el día de tu redención.

Los primeros hombres que trabajaron la tierra no conocieron amos, no pagaron gabelas. El producto era íntegro para ellos. Como no existía esa vida complicada de nuestros días, donde necesitamos tantos artefactos para vivir, ellos vivían una vida sencilla, apacible, austera. Necesitaban poco para satisfacer sus primitivas necesidades.

Vivían en sociabilidad, en tiendas, en tribus. Su jefe era el patriarca. No tenían leyes escritas, no conocían sayones, gobiernos, explotadora burguesía.

Eso vino después, con los adelantos, con los descubrimientos, cuando los hombres se separaron de su madre la naturaleza, abandonaron sus leyes, y se crearon dioses, religiones, gobiernos, leyes y sicarios y cosacos que apelearon a las multitudes.

Los primeros hombres que trabajaron la tierra, no concebían la propiedad, no conocieron el derecho de propiedad. Trabajaban una tierra varios años, y cuando la tierra se cansaba y daba las cosechas flojas, como no tenían el concepto de la propiedad, la abandonaban, se trasladaban a otro lugar y trabajaban la nueva tierra otro periodo, sentando allí la tribu.

Fue después, cuando se sentó la estancia de los cultivadores de la tierra y ya se hicieron sedentarios los trabajadores.

Y mucho más tarde, la maldad de los hombres, creó la propiedad, organizó el Estado tiránico, e implantó la explotación del hombre por el hombre, baldón y aprobio de la humanidad.

Francisco FERRER

En otros términos: la calle, el pueblo en la calle fué quien en todo tiempo obligó a la Asamble a marchar adelante en su obra de reconstrucción.

Pedro KROPOTKINE
(En su obra « La Gran revolución »).

A LOS AMANTES DE LA CULTURA

Ponemos en conocimiento que el próximo mes de Noviembre y en el salón de lectura de la Sociedad « La Buena Semilla », se abrirá un curso de enseñanza nocturna bajo la dirección del compañero Serafin Alcina, exalumno del profesor Alberola. Así mismo todos los miércoles entrarán lugar lecturas comentadas, participando todos los que sienten amor a la cultura.

¡Jóvenes, sed perseverantes en el estudio y rendid vuestro fervor a la enseñanza!!

La comisión organizadora.

QUESTION CANDENTE

Es la crisis del sistema capitalista, la trascendencia del problema pavoroso que conocemos con el adjetivo de « paro forzoso ».

Actualmente la moral burguesa y religiosa, la costumbre de hacer hospitales y hospicios para los pobres, el hábito ramplón de la filantropía y la beneficencia, niega los derechos humanos y los trabajadores viven sometidos, gozan de su existencia gracias a Dios y gracias al amo.

El obrero es un esclavo y acata todo el vasallaje; la costumbre, la moral al uso así lo impone. No hay trabajo, nos condenan al pacto del hambre, nos niegan el pan y la sal. Resignación, Dios lo quiere así, los altos intereses de la Patria imponen un sacrificio, la salud de la República está condicionada al via crucis, al Jardín de los Suplicios que es lote y patrimonio de la clase trabajadora.

Los gobernantes como defensores de la propiedad privada y servidores del privilegio económico dictarán nuevas leyes represivas, organizan nuevos tinglados de la fuerza y como complemento aumentarán los presupuestos de Gobernación y Orden Público. No queda otro resorte.

Para el pueblo productor; promesas y palos. Democracia y Hambre.

El Estado no sirve el interés de todos los humanos, defiende las prerrogativas de la clase capitalista, sirve para el Orden que es el Caos de la economía burguesa. Crisis de trabajo y luego la mofa de la Soberanía del Pueblo, pueblo que cuando pide pan obtiene en respuesta los productos mortíferos que manufactura la gente que garantiza el Orden Capitalista, con el fusil al hombro, la cuestión social, acusa al régimen de propiedad privada, de homicida, que para imperar mata de dolor y hambre, los obreros no debemos creer ni en Dios, ni en el Gobierno, ni en el Amo, lo real con el pan y el Trabajo que la sociedad capitalista nos niega. Solo podemos y hemos de creer en nuestro propio esfuerzo.

R. MAGRIÑA.

Imp. de F. Truyol. — Mahón.